



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Felipe Pérez y González.)



— En mis *Pompas de jabón* demuestro mi inspiración inagotable, y demuestro también que soy un maestro en la versificación.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Disculpa anticipada, por Luis de Amsorena.—Scarlatti, por Eduardo de Palacio.—La semilla dahlomense, por Juan Pérez Zuñiga.—El amigo del autor, por Fiacro Yrizar.—Egloga, por Sinesio Delgado.—No lo crean ustedes, por Antonio Sánchez Pérez.—Frustración, por A. Casañal Shakery.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
 GRABADOS: Felipe Pérez y González.—Por los charcos.—¡Oh, la romería!, por Cilla.—Egloga, por F. Mas.—Milagros del Santo, por Cilla.



El día 28 se celebrará la corrida de Beneficencia, y éste es uno de los asuntos más trascendentales que preocupan á la Diputación provincial.

Casi todos los madrileños quieren asistir á la famosa corrida, y hay hombre que busca una buena recomendación para

cualquier padre de la provincia y se presenta en su domicilio diciéndole:

—Pues verá usted: yo tuve unas anginas muy fuertes, el mes pasado, y el médico dice que me distraiga, por cuya razón vengo á que me proporcione usted un billete barato.

—Lo siento, pero se han concluido.

—¿Cómo? ¿Quiere usted matarme?

El diputado acaba por enternecerse y entregar al de las anginas un tendido de sol y sombra, que es como proporcionarle una pulmonía por el lado derecho y una insolación por el otro.

No hay cosa más grata que pertenecer á la Diputación provincial y oírse llamar «usía» por los porteros y tener palco gratis en los toros y asistir á la procesión del Dos de Mayo en clase de miembro de la corporación; pero el cargo impone otros deberes penosos, porque llega la corrida á beneficio del Hospital y es necesario elegir los toros, conferenciar con los ganaderos, vencer los naturales escrúpulos de los matadores y explorar la voluntad de los monos sabios.

Las dificultades surgen á cada paso, y los miembros de la corporación provincial se desesperan en secreto para que no llegue la noticia á los Estados Unidos.

—¿Hay novedades!—dice uno dejándose caer sobre un sillón de la secretaría.

—¿Qué ocurre?—pregunta otro palideciendo.

—Que el *Guerra* quizá no esté en disposición de torear el 28.

—¡Cielos! ¿Por qué?

—Porque tiene hinchado el dedo?

—¿Qué dedo?

—El de la cogida. Además, á un tío suyo se le declaró el trancazo.

—¡Demontre!

Reúne la comisión organizadora y delibera, van y vienen las ordenanzas, agítanse los maceros, contúrbanse los empleados y conviértese la Diputación en un verdadero campo de Agramante, hasta que al fin se resuelve el conflicto gracias á las gestiones de un vocal de la comisión que le escribe una carta en verso al *Guerrita* aconsejándole que use el cerato simple para el dedo, y que al tío le meta en una disolución de piedra alumbre y bicarbonato de sosa químicamente puro.

Y aquí empiezan los compromisos para los diputados, pues el que más y el que menos tiene relaciones con mucha gente y conoce á muchas personas respetables que van á decirle:

—Yo necesito siete centros de grada para una familia de

Ciudad Real que ha venido aquí á hacerse ropa y no quiere marcharse sin oír tocar la música del Hospicio.

—Si no me proporciona usted una contrabarrera del 8, me separo del partido, y además me voy con un comunicado á la prensa, contando los amores de usted con la viuda de Bermellón.

—Una de dos: ó me facilita usted tres tendidos del 1, ó no cuente usted más con la guitarra. Todos los años me la pide usted el día de su santo, y siempre se la presto. Estos favores hay que pagarlos de alguna manera.

Da lástima ver la cara de algún diputado provincial desde que se ha anunciado la corrida de Beneficencia.

Hay uno que ha tenido que hacer dos viajes á la ganadería para conocer personalmente á los bichos; allí se cayó de cabeza en una charca y tuvieron que sacarle al sol, envuelto en el capote de un vaquero; al llegar á la estación de Madrid le dejaron caer encima un baúl mundo, y ya en su casa, le dijo su esposa:

—¡Ay, Indalecio! ¡Tú me has engañado! ¿Adónde has ido?

—Á la dehesa.

—¡Mientes! ¿Crees que no estoy en el secreto? ¡Pues mira y avergüénzate!

Y la indignada esposa presentó á su cónyuge una carta que decía así:

«Querido Indalecio: Me has prometido la delantera y con ansia la aguardo. Hasta luego.—*Concha.*»

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó la diputada, tratando de introducir la carta misteriosa por las ventanas de la nariz de su marido.—¿Quién es esta Concha?

—Es Pepe Concha, capitán de cazadores, que me pide un billete para la corrida de Beneficencia.

Aún no ha podido nada convencer á la esposa provincial, y hoy anda el esposo refiriendo sus cuitas, y apoyando la frente en el seno de los amigos, les dice con el acento conmovedor de la confianza:

—¡Ay! No aspire á ocupar un puesto en la corporación provincial, y si lo ocupas, no te metas á organizar corridas de toros, porque perderás el reposo doméstico y la estimación de tus semejantes. Mi esposa duda de mi fidelidad y mis amigos me increpan porque no les proporcione localidades. Ahora sólo falta una cosa.

—¿Cuál?

—Que la corrida resulte un buñuelo...

—Como si lo vieras.

Luis Taboada.

★

DISCULPA ANTICIPADA

—Sí, padre, es evidente que mi esposo cambió ya para mí...

¡Mientras no se disipe esta sospecha, no puedo ser feliz...

—Vamos despacio, que el asunto es serio y se presta al error...

Dime qué has visto en él, dime en qué pruebas basas tu acusación.

—Lo que se dice pruebas...—¿No hay ninguna?

—Y, padre, es natural, que en tales casos el culpable siempre las procura ocultar.

¡Pero mi instinto de mujer me advierte su hipócrita doblez!

—¡Si vieras tú cómo se engañan esos instintos de mujer!

¿No hay más?...—Pues... hay que su palabra, que antes me pintaba su amor, ahora es áspera y seca y desabrida...

¿No es esto prueba?...—No.

Puede haber un motivo que tú ignores y que le haga sufrir

sin que falte á la fe que te ha jurado.

—¡No lo veo yo así!

—¿Hay más?...—Pues... hay que, sin razón ninguna,

él, que siempre cifró

toda su dicha en mi presencia, ahora
no pierda una ocasión
de apartarse de mí; sale de casa
y no piensa en volver.

—Sus asuntos quizás...—; Tampoco es prueba?...
Vamos... ¡No diga usted!...

¡No diga usted que al sospechar infamias
se engaña el corazón!...

¡No diga usted que me resigue, padre!...

¡No me resigno, no!

Ni tampoco que espere á que el transcurso
del tiempo ó el azar
conviertan las sospechas que me exaltan
en triste realidad.

¡No!... Cuantos medios á mi alcance tenga
yo, padre, emplearé;
y, cueste lo que cueste, se lo juro,
¡todo lo he de saber!...

—Y si resulta cierto lo que piensas,
si es verdad su traición,
¿qué habrás logrado?... ¡Nada, porque nada
es cambiar de dolor!

—¡Pero vengarse es mucho!...— ¡Tú estás loco!
Pues ¿qué imaginas, di?

—Que dar ultrajes y pedir paciencia...
¡Vaya! ¡es mucho pedir!

Que él me enseñe el camino, y...— ¡Ya comprendo
la causa de tu afán
al buscar unas pruebas de una infamia
que no existe quizás!

Te solicita el mal y el mal anhelas...
—¡Padre! ¿qué dice usted?

—¡Que quieres un delito por disculpa
del que has de cometer!

Quien con la duda en la venganza piensa
deleite la hace ya...

Y si te engañas, y tu esposo es bueno...
seguro estoy, mujer... ¡lo sentirás!...

Luis de Antorena.

Scarlatti.

¡Qué hombre aquél!
Di o, ¿qué artista!
¡Qué figura para las tablas!
¡Y qué voz de tenor suave así al tacto!

Pocos tenores han nacido de madre roma porque él era
romano y no Romanoff, como decía—con la voz que Scarlatti
usaba aun en la conversación.

Y luego ¡qué repertorio!
Desde *El pleito* hasta Wagner y *Los maestros cantaores*,
Para él no había secretos en el arte.

Subía hasta cualquier piso, y, en el registro bajo, sus notas
congelaban el agua en los botijos.

Es decir, que era un tenor, barítono y bajo, si no absoluto,
por lo menos constitucional.

Según él, había recorrido los primeros teatros de ópera de
Europa, América y Asia.

—¿En cuál teatro estuvo usted en Asia?—le preguntó un crítico,
también de circunvalación.

—En Bombay—respondió Scarlatti,—en Che-Fou, en Chim-
Chi Hué.

—Vamos, como si dijéramos, aquí, en Chamberí?

Y en todas partes había salido del ruedo en hombros de en-
tusiastas espectadores, por testimonio propio.

Se sabía, aunque él no lo había dicho, que en una de aque-
llas ocasiones le llevaron los admiradores hasta el muelle para
arrojarle de cabeza al mar, pero no recuerdo dónde ocurrió la
tentativa de baño.

De seguro no lo ha olvidado Scarlatti.
No fué triunfo para olvidado fácilmente.

Le conocí en Madrid, en una «casa para viajeros».

Escogí una habitación como un invernadero.

—Mi sueño bisono de una camera reservata del viento cruel.
—¿Cámara oscura?—le preguntó el encargado, que era un
barbón de *ayá abajo*.—Pues también la hay.

Andaba por casa el artista con cuello de piel, gabán sacó y
gorra de «pastor caucasiense», que dijo el poeta, aunque estu-
vo mal dicho.

En seguida que se hubo instalado pensó en la propaganda,
en el reclamo, y salió del hotel acompañado de un intérprete
de lenguas vivas y mortecinas, quien le guió á la casa de un
fotógrafo.

Scarlatti manifestó al retratista el fin de su visita.

—El artista ha de exhibirse, por modesto que sea. La recla-
ma es la vida por el artista. No entramos tutti por l'occhio... E
vedere la *fachia* es del contentamiento de i aficionati.

Por todo lo cual Scarlatti mandó que le llevaran buena par-
te del equipaje al taller del fotógrafo, para retratarse con di-
versos trajes y en variedad de posturas.

—Prima, come *Polinto*; poi, come *Trocitore*. ¡Questo e muy
español, eh!... E come guerrero fantástico en *Lohengrin*, a poi
en finale de *Lucia*, ya morriendo... E a *Gli Hugonotti*.

Y varios retratos en traje del día.
E haciendo brutalidades con la fisonomía, como he visto á
varios cómicos.

Mandó que le hicieran fotgrabados y que le imprimiesen y
tirasen cincuenta mil ejemplares de una hoja con tres ó cua-
tro monos y los artículos y sueltos, cada cual en su idioma, de
los periódicos de las «seis ó siete partes del mundo», según el
artista.

Y como título lo siguiente:
«¡A la verdadera voz de tenor! Desconfiad de viles imita-
dores.»

Por fin llegó la noche del estreno.
¡Qué noche aquélla!
Los habitantes del paraíso del Real rugían como si estuvie-
ran ardiendo en los infiernos.

Hasta llegaron á tirar algo al escenario, que no se supo lo
que fué, si bien se presume que no fuera cosa buena.

Scarlatti salió en hombros, según costumbre; en hombros de
un carpintero que se compadeció y quiso salvarle la vida.

«Scarlatti es tenor contagioso, particularmente para la in-
fancia. Llamamos la atención del Gobierno...»

Esto decía un periódico al día siguiente.
Aquella noche no durmió en el hotel.

A la mañana siguiente recogió todo su equipaje, que tenía
en la casa del fotógrafo.

Y aún no ha regresado Scarlatti.
Se supo que aquella noche durmió en el Mesón del Peine,
adonde llegó vestido de guerrero.

Algunos años después tropécé con él, le reconocí y me lo
confesó todo.

No sabía más de canto que lo que había aprendido en unos
meses en que fué sereno y cantaba la hora.

Eduardo de Palacio.

LA SEMILLA DAHOMENSE

Yo no sé si á mis lectores
y á mis lectoras carísimas
les agrada esa hierba
(no alarmarse todavía),
esa hierba, ó mejor dicho,
esa menuda semilla
que ahora venden por las calles
de Madrid, y que en dos días
nace sobre los objetos
dónde se pone, y artística
y á la vez sencillamente
adorna tastos, jarritas,
floreros, botellas y otros
cacharros de fantasía;
esa hierba, cuyos granos
sobre un trozo de lanilla,
con el que se envuelve aquello
que se ha de adornar, germinan
cubriendo pronto de verde
chirimboles y vasijas.

Conste que esto no es reclamo,
porque ni me es conocida
la persona que lo explota,
si ello me importa una guinda.

Todo esto lo digo al tanto
de que hoy personas dignísimas
que, encaprichadas con este
descubrimiento, lo aplican
en su casa á los tinteros,
á los catres, á las sillas
y á todo, y todo lo tienen
verde. Y si no, que lo diga
mi amigo Jacinto Malvas,
pues en su monomanía
por la *semilla dahomense*
(que es como se denominan),
no solamente ha llenado
de simiente la mesilla
de noche, tanto por fuera
como por dentro, y la misma
operación ha hecho en todos
los chimenes de la cocina,
sino que lleva adornadas
con hierbas las zapatillas

y hasta le nace en los propios
faldones de la levita.

Mas no es esto lo más chusco,
sino que, como domina
de una manera despótica
á su apreciable familia,
ha llenado de simiente
de arriba á abajo á sus hijas,
á sus hijos, á su esposa
y al bebé y á la nodriza,
y salen verdes de casa,
y verdes van á visitas
y á paseo, siendo el blanco
de mi pulgas pesadísimas.

¡Es claro! ¿Á quién se le ocurre
llevar bigote y perilla
cubiertos de hierba? ¿Quién
lleva á paseo á las niñas
con praderas en las faldas
y á la esposa convertida
en húmedo ser del reino
vegetal? ¡Buena rechifa
merecen! Pero ¿que más
se puede decir del quidam
susodicho, si ha llevado
simiente hasta á su oficina
y, en vez de las telarañas
que hasta la fecha tenían,
hoy tiene los expedientes
cubiertos de hierbecilla?

Lo que debe hacer Jacinto
es dejar esa manía,
puesto que hay mil ocasiones
en el curso de la vida
en que á uno le ponen verde
sin que haga falta semilla.

Pero así Jacinto vive
tan contentado; hasta que un día
vaya á verle cierto burro
que me han dicho que hace críticas
teatrales, y en un verbo
(á Jacinto se descuida)
le deje de dos bocados
sin trastos y sin familia.

Juan Pérez Gutiérrez.

Por los charcos.

EL AMIGO DEL AUTOR



Hay sirena engañadora
que, por no manchar los ojos,
mancha la inocencia de
los chicos de primer año.

¿Verdad que hay muchos posmas en el mundo?
Pues entre todos los que usted recuerde
ninguno ha conocido todavía
que pueda competir con don Vicente.

Es el tal un sujeto entrado en años
natural, según creo, de Albacete,
y un gran admirador que me *ha salido*,
cosa que, la verdad, no se comprende.

Pero, en fin, como hay gustos para todo,
que no ha visto hasta hoy dice y sostiene
ni zarzuela mejor que mis zarzuelas
ni sainete mejor que mis sainetes.

Yo, es claro, le agradezco en lo que vale
la admiración que el desgraciado siente;
pero, amigo, es tan posma, tan pesado,
que no hay quien lo soporte ni tolere.

No me deja vivir á sol ni á sombra
y en mi casa, en la calle, donde puede,
me busca, me acompaña y me atosiga
con docientas preguntas imprudentes.

—Hola, pollo, ¿qué tal? ¿Va usted al ensayo?
¡Véngase usted á Fornos y que esperen!
¿Que va usted muy de prisa? ¡Vaya, bueno,
pues le acompañaré, ya que no quiere!

¡Buen invierno ha tenido usted, canario!
¡No podrá usted quejarse del trimestre!
¿Cuánto ha ganado usted? ¿Y Vital Aza?

¡Se habrá hecho rico ya, seguramente!
¿Está usted escribiendo alguna obra?
¿Quién le pone la música? ¡Jiménez!

¿Dónde la estrena usted, en la Zarzuela?
¡Es mejor en Apolo!... ¡Me parece!
Ya ve usted, con Rodríguez y la Campos
no hay fracaso posible, y se comprende...

y eso que Julianito tiene gracia,
pero bastante gracia... ¡Sí la tiene!
¿Cuánto gana la Pino? ¿Usted lo sabe?
Diga usted. ¿es verdad que la Mercedes,
aquella partiquina morenucha,
ha resultado al fin que es muy decente?

¡Vamos, vamos, no se haga usted el chiquito,
que bien disfruta usted y se divierte
metido siempre entre coristas... digo,
toda gente de humor y muy alegrel!

¿Conque cuándo estrenamos? Lo pregunto
porque quiero venir con las de Pérez
á darle á usted una silba *pistonuda*
que se tiene que oír en la Cibeles.

¿A qué hora acabará usted el ensayo?
Porque vendré á buscarle, si usted quiere.
Le contaré una cosa que ha ocurrido
la otra noche en mi casa con un *huésped*,

y verá usted qué asunto tan gracioso
para una zarzuelita ó un juguete.
¡Qué cabeza la mía! ¡Me olvidaba!...

¡Mándeme usted un palco para el jueves,
que tenga las entradas, por supuesto,
y si pudiera ser de los de enfrente!

¡Ea, ya hemos llegado! ¡Hasta la noche!
Conque... pasarlo bien... — ¡Así revientes!

Fuero Grayco

¡OH, LA ROMERÍA!



Viene uno del pueblo lleno de ilusiones, de provisiones y de recomen-
daciones.



Lo primero que hace es visitar al diputado por la circunscripción, que en el
pueblo estuvo tan amable, y... no hay modo de encontrarle en casa.



Lo segundo es comprar rosquillas del Santo, pero al pretender hincarlas a diente, se encuentra uno con que ó no tienen corazón, ó será de bronce ó peña.



Aparecen, por último, un par de amigos con navajas, que le dejan á uno expuesto á la conmiseración pública.



Prueba uno después el escabeche de besugo, y le castiga la Providencia.



Y tiene uno que volverse al pueblo á pie y llamando la atención por los caminos.

Egloga.

Por el ameno prado
cogiendo flores
va aspirando perfumes
la niña hermosa;
flores que son emblema
de sus amores,
aunque la interesada
crea otra cosa.
Hoy lozanas y frescas,
mañana mustias
como las ilusiones
de las mujeres,
que traen muchos pesares
y hondas angustias
cuando se va el aroma
de los placeres.
La rosa que embalsama
con su perfume
será, partido el tallo,
triste despojo,
como el amor que al alma
ciega y consume
y después de gozado
deja el sonrojo.
Pero como las niñas
cejar no quieren,
sustituyen las secas
por otras flores,
pues si amores que acaban
las almas hieren,
curan esas heridas
nuevos amores.
(Y ahora que me acuerdo:
tiene narices
esto de hacer versitos
con pies forzados!
¡Qué lástima me causan
los infelices
que hacen explicaciones
de los grabados!

Sinecio Delgado.



No lo créan ustedes

«De los escarmentados
hacen los avisados.»
[Proverbio cuasi-indio (1)]

«La experiencia es madre de la ciencia» ¡Cuántas veces habrán ustedes oído esta profunda máxima! Como que se repite á cada momento: lo mismo que otras muchas de la filosofía de á perro chico. Pues nada, no hay tal cosa: no, señor: la experiencia no es madre de la ciencia, ni siquiera madrastra.

Adviértase que me refiero á la propia lo mismo que á la ajena.

Eso de escarmentar en cabeza ajena, es hablar por hablar, se dice por decir algo; pero nadie lo hace.

¡Pues bonito genio gastamos los hombres para creer que puedan ocurrirnos las desgracias que han ocurrido á otros!

Lo que ocurrió á los otros, bien ocurrido estuvo, porque eran necios, ó imprudentes, ó vanidosos; pero á nosotros, que no somos ni vanos, ni imprudentes, ni majaderos, ¿cómo va á sucedernos lo mismo?

¡No faltaría otra cosa!

De Fulano se burló una muchacha por quien Fulano hizo verdaderas locuras y gastó un capital; á Mengano le engañó su esposa; con la fortuna de Perengano se han hecho ricos prestamistas sin conciencia, que le han dejado pereciendo; éste es el hazmerreir de tal tertulia de café; el otro...

¡Bah! Ninguno de esos ejemplos enseña nada. El que más y el que menos, cuando se entera de una de esas cosas compadece á la víctima—si es que tiene corazón compasivo,—ó se ríe de ella, y en uno y otro caso dice para sus adentros, ó para sus afueras:—«Era de presumir; el pobre Fulanito, ó Menganito, ó Perenganito, es tonto de la cabeza y por eso le sobreviene esa desgracia.»

»Y lo peor es que se tiene por listo y presume de experimentado, y es claro, no hay quien no le engañe. A mí podría venir mi mujer con bromitas y con recepciones y con...»

Y así sucesivamente.

Díganme ustedes si quien de ese modo discurre y tales cosas piensa, va á tomar para sí, y siendo tan listo, el escarmiento del que ha sido desgraciado por ser tan imbécil.

En cabeza propia ya podría servirnos de algo la experiencia; y eso que nuestro maldito amor propio y nuestra exagerada vanidad buscan siempre, y casi siempre hallan, explicación plausible para nuestras majaderías.

«Me cegó el cariño que sentía por aquella mujer. ¡Oh! demasiado comprendía yo que me engañaba; que sus protestas de amor eran falsas; pero ¡la quería tanto!, era para mí tan dulce el engaño, que prefería dejarme engañar y engañarme yo á mi mismo!»

Y así de esa indole son las razones que nos damos para no confesar que hemos sido tan imbéciles como el Fulano á quien compadecíamos ó de quien nos burlábamos.

Y al cabo y al fin, después de muchos golpes y de muchos reveses de fortuna, comenzamos á saber algo; pero ¡ay!, lo aprendemos cuando no podemos aprovechar el aprendizaje.

El que fué rico, se entera de lo que debió hacer mientras lo era, cuando es ya pobre.

Yo nunca he sido rico; fui pobre siempre, y todavía no me he acostumbrado á serlo: fíese usted luego de la experiencia.

¡Qué! Si en todo es lo mismo.

La experiencia, á fuerza de descargar sobre nosotros golpes muy crueles, nos enseña á ser jóvenes cuando somos viejos. Y para la vejez ya no sirve la experiencia de la juventud.

Pues nada, dice uno: «Qué diablo, ni soy joven, ni es ya posible que vuelva á serlo; pongamos en olvido eso que nos serviría si tornásemos á aquella edad y aprendamos á ser ancianos.»

Pero que si quieres; como el aprender eso es más difícil que aprender lo otro, cuando empezamos á saberlo, ¡zas! nos morimos y buenas noches.

Vea usted si para ese resultado era necesaria la experiencia.

A. Sánchez Pérez.

Frustrerías.

La mujer que ama á un hombre, en un instante
cambiar en odio su cariño puede.
Basta que sueñe un día con un beso
y que él no lo adivina... y no la base.

No les des ni el de Gloria ni el de Blanca
ni el de Pura por nombres á tus hijas,
porque el nombre hace mucho á la persona,
y... ¡figúrate, entonces, qué serían!

Alberto Casañal Shaker.

(1) Bravo.

MILAGROS DEL SANTO

(ALELUYAS FINAS)



La «autoridad» siempre llega
para evitar la refríega.



Carulla hace unos versitos
que asombran por lo honstos.



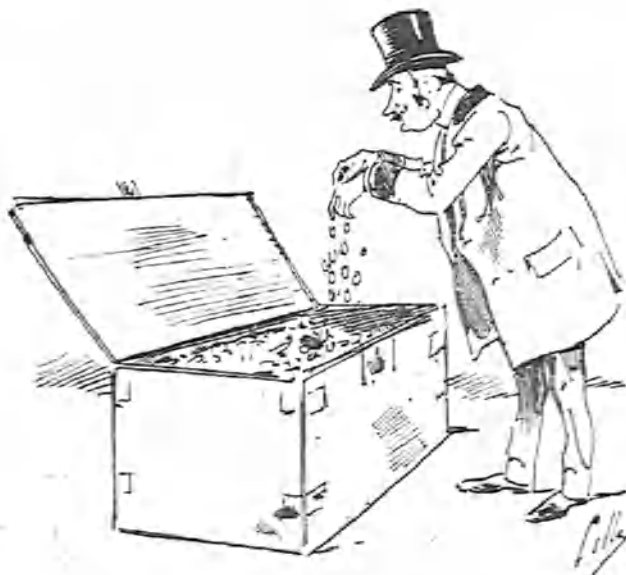
Cánovas se da á razones
y avuila las elecciones.



Desde el marqués hasta el groom dicen «¡Viva Noherlesoom!»



Bajan el pan muy ligeros los señores panaderos.



Da dinero un concejal al arca municipal.

CHISMES Y CUENTOS.

Vaya, que buena ocasión se nos presentaba para ponernos colorados, si quisiéramos.

Pero como nuestros ilustres abuelos, los que anduvieron repartiéndose murrigagos por todo el mundo, no han de salir ahora de sus tumbas á darnos los cuatro coscorrones que estamos mereciendo, preferimos hacer la vista gorda.

Sin perjuicio de seguir hablando por los siglos de los siglos de la *bracura proverbial, la sangre hidalga, la fiera indomable y la altivez nativa.*

Hasta que salga el día menos pensado el principado de Mónaco, ponga por menudencia, y nos diga en voz alta:

—¡A callar á os hincho las narices!

Porque, vamos á ver, queridos compatriotas; indómitos vascos, independientes astures, invencibles aragoneses, bravos catalanes, dominadores castellanos, arrojados andaluces etc., etc... ¿creen ustedes de buena fe que se puede aguantar eso del *Competitor*?

¿Lo creen ustedes?

Pues borren ustedes sus epopeyas respectivas y vamos todos juntos, cogidos de la mano y guiados por nuestros generales, á pedir al Dios de las alturas la terminación de la guerra.

Por supuesto después de quitar del escudo nacional el león de encrespada melena y sustituirle por una inocente cogujada.

Bien mirado, el hecho es consecuencia lógica de todos los anteriores.

¿Se enciende la guerra? Bueno.

¿Empiezan á salir expediciones armadas de los Estados Unidos? Corriente.

¿Nos piden treinta millones en pago de una benevolencia ficticia? Los damos.

¿Se envalentonan con eso y siguen enviando barcos, municiones y fusi- les? Perfectamente.

¿Se presenta en el Senado yankee una proposición de reconocimiento de beligerancia? Como si no.

¿Se levantan unos cuantos senadores y nos llaman á la faz del mundo cobardes, canallas, asesinos y sinvergüenzas? Nosotros tranquilos.

¿Un buque de guerra español hace fuego sobre un barco filibustero? Reclamación al canto; explicaciones humildes por nuestra parte y destitución del capitán del buque.

¿Insultos diarios en la prensa norteamericana? Prudencia y moderación en la nuestra.

¿Alborotos estudiantiles en Madrid, Barcelona, Cádiz y Granada? Palizas á los estudiantes para que no nos comprometan.

¿Cogen al *Inglésito* con las armas en la mano y dicen que le van á fusilar? Intervienen los Estados Unidos y no le fusilan.

De modo que no hay por qué asustarse de que ahora cojamos á unos piratas que llevaban dinamita y cartuchos á los insurrectos para que asesinaran á nuestros hermanos, y tengamos que obsequiarles con merengues y chocolate con bollitos.

Para que resalta más nuestra insignificancia y el desprecio con que nos tratan los señores yankees, no hay más que hacerse la ilusión de que Cuba no es una posesión española, sino inglesa.

¿Cree algún nacido que si son soldados ingleses los que apresan al *Competitor* no fusilan á toda la tripulación en el acto?

¿Cree que los Estados Unidos hubieran hecho la más pequeña observación?

¿Cree que Inglaterra hubiera consentido que la estuvieran frotando por las narices la formidable escuadra reunida en Nueva York, y haciéndole reclamaciones todos los días, y enviándole avisos amistosos á todas horas?

¿A que no lo cree nadie?

Pues eso demuestra el ridículo papel que estamos haciendo á sabiendas.

Pero no para ahí la cosa.

Véase el siguiente extracto de la prensa neoyorkina, al tratar del suso-dicho incidente:

«El *Times* de aquella ciudad dice que España hará bien en no ejecutar á los súbditos norteamericanos, porque eso sería una violación de los tratados, que ocasionaría la guerra, y por consecuencia la independencia de Cuba.

El *Herald* dice que la ejecución de la pena de muerte aplicada á los de la goleta *Competitor* sublevaría la conciencia de todo el mundo civilizado, y que desde el momento en que se hiciera efectiva la sentencia, nadie ni nada podría impedir la guerra.

El *Journal* dice que es imposible consentir el asesinato de los americanos, comprometidos, como están, el comercio y todos los preceptos del derecho de gentes.

La *Tribune* dice que la escuadra se concentra actualmente en Nueva York.

Sostiene que si el general Weyler hubiera realizado sus propósitos de crueldad, la guerra sería punto menos que inevitable.

Resumen: que tratan de asustarnos con la guerra como á los niños con el coco.

Y la mayor parte de los periódicos españoles se limitan á copiar el extracto tranquilamente, sin atreverse á decir siquiera:

—Oigan ustedes, so murrals, ¿es que se figuran ustedes que aquí no hay ya más que majeras y criaturitas de pecho? Pues quedan muchos hombres capaces de batirse á navajazos si á mano viene, y de arrasar esas ciudades, y de pasar á cuchillo á todos los cerdos de la república. ¿La guerra

¿Dios ustedes? Pues si la guerra estamos dispuestos ahora y siempre, pero no vamos ustedes á figurarse que se van á ir de visitas.

En fin, algo así, por el estilo de lo que ellos nos dicen á nosotros todos los días y en diferentes tonos.

Pero que si quieres, merrenal

Lean ustedes el siguiente suelto *gacetero*, y pámenle:

«Respecto al incidente del *Compositivo*, se considera en el extranjero como cuestión resuelta y dicen allí que cabe, después del fallo que se dió en el proceso de revisión por el Consejo de Guerra y Marina, que la augusta soberana ejerza la regia prerrogativa.»

Esto se llama ir preparando las almohadillas.

Porque quiere decir que si, por casualidad, el Consejo de Guerra y Marina aprobase la sentencia del inferior y condenase á muerte á aquellos granujas, todavía le quedaba al Gobierno, para demostrar su debilidad, el asidero del indulto.

¡Hombre! Ministro de la Corona quisiera yo ser entonces, y primero me dejaba esperar que aconsejar á la augusta soberana el ejercicio de la prerrogativa regia.

¡Por éstas que son cruces!

Lo chusco del caso es que todavía anda rodando por la prensa europea la maletilla aquella de: «Anden con cuidado los Estados Unidos, porque España es una nación caballeresca y altiva, que no tolerará jamás, etc. etc.»

¿Quiéren ustedes callar, ó qué?

Esto ya no es una nación. Es un gallinero.

Libros:

El baño de María, zarzuela cómica en un acto y en prosa, original de D. Angel Alfaro y D. Enrique Luque, música del maestro Chalóns, estrenada con gran aplauso en el Teatro Romea.

El Noque, poema de Salvador Rueda. El poeta que firma este interesante trabajo, pulido y brillante como todos los suyos, no necesita para su fama elogios de amigos ni bombos de prensa. *El Noque* es digno de su pluma y... con esto está dicho todo.

Nerviosas, poesías del notable escritor D. Francisco Antich é Izaguirre. Primera serie.

Estado moral de los factores de producción en Cuba y Puerto Rico y El pesimismo autonomista en las Antillas. Dos importantísimos folletos de D. Fernando López Turo, en que el autor estudia con gran serenidad de juicio y recto criterio los problemas que indican los respectivos títulos. Precio de cada uno: una peseta.

Sor María de las Nieves, novela de D. Antonio R. López del Arco. Tiene esta obra las condiciones que el género requiere: acertada pintura de caracteres, interés palpitante y correcto estilo. El público las apreciará seguramente, porque el libro se venderá mucho. Cuesta una peseta.

Los Estados Unidos, por Guillermo St. Iwerg. Folleto en que el autor estudia y describe la nación amiga con infinidad de datos y observaciones de gran interés, sobre todo en las circunstancias actuales. Precio: veintidós céntimos.

Historias madrileñas se titula el tomo 76 de la *Biblioteca selecta*, que publica en Valencia el inteligente editor D. Pascual Aguilar. Forma este tomo una escogida colección de artículos de nuestro amigo y colaborador D. Alejandro Larrubiera, y campea en todos ellos la brillantez de estilo,

la profunda filosofía y el espíritu de observación que caracterizan sus obras. Véndese este tomo, como los demás de la Biblioteca, á cincuenta céntimos.

The patent London superior, por Melitón Gourálen. Este ingeniosísimo caricaturista, aplaudido autor dramático y articulista de buena cepa, ha tenido la feliz idea de reunir en un tomo varias de sus saladas composiciones en prosa, ilustradas por su propia mano. El libro, dicho sea sin exageración, tiene la gracia *por error*. A pesar de eso no cuesta más que tres pesetas. ¡Cómprnenlo ustedes, y me agradecerán el aviso!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Guimaré.—¿La verdad? Tiene algunos defectos de forma y... no vale la pena el asunto.

P. P. T..—Pero ¡por Santa María de la Cabeza! si no podemos publicar artículos.

Sr. D. C. G..—Pero si no conozco el soneto, ¿cómo puedo saber si es publicable? Me temo que no, por dolorosa experiencia; pero claro está que me es imposible jurarlo.

Fosforito.—No puedo aprovechar ninguno. Lo de los viajes le costaría á usted mucho; porque son muchos números, y á dos reales...

Sr. D. E. L..—Ese me gusta menos, porque no tiene gracia ninguna y anda un poquito incorrecto de forma.

Nabucodonosor.—Como continuar si puede usted, pero por ese camino poquitas cosas hará usted de provecho.

Napoleón XII.—Los versos no tienen defectos de gran monta. El asunto es el que no merecía extensión tamaña.

Bogusa.—Con toda mi alma deploro tener que participar á usted que no podemos admitir artículos. ¡Y he tenido este mismo dolor de corazón tantísimas veces!

Holofernes.—¿Ignora usted que esa composición se ha traducido ya? Pues yo conozco dos traducciones. Una de ellas de Jiménez Delgado, en romance, que acaba precisamente con el mismo verso de la de usted.

Sr. D. A. F. D..—El estilo es levantado como cumple á un romance de esa índole; pero hablar de la manigua, del soldado que se va, etc., etc., puede resultar, sin querer, un poquito cursi.

Altisidora.—Se publicará.

La Fura.—Demasiado larga y un tanto antipático el asunto.

Robinson.—Las dos menudecias son de un candor que pasma. Pasma porque no lo tiene casi nadie á estas fechas. Decir que algunas mujeres aprecian más el dinero que el amor es una sátira violenta de hace muchos años.

Picotrinque.—La idea es bonita, pero no está bien desarrollada, á mi juicio. La forma no corresponde al pensamiento.

Saperlipopete.—¿Quiere usted que le diga la verdad, monda y lironda? Pues es bastante flojita.

El mar Mediterráneo.—El humorismo ese es del día de la creación por la mañana. Los versos no están del todo mal, salvo algún ripio que otro.

Guachisudango.—¡Qué casualidad! Ha coincidido usted en el asunto con *el mar Mediterráneo*, citado más arriba, que también trata de sujetos extravagantes que comen cosas raras. De modo que digo á usted lo mismo exactamente.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA-TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANAGARRA

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero (cerca).

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Librería, al disp.º